

PROCESOS DE POBLAMIENTO URBANIZACIÓN Y EVOLUCIÓN SOCIAL EN IBERIA: UNA INTRODUCCIÓN

MANUEL BENDALA GALÁN

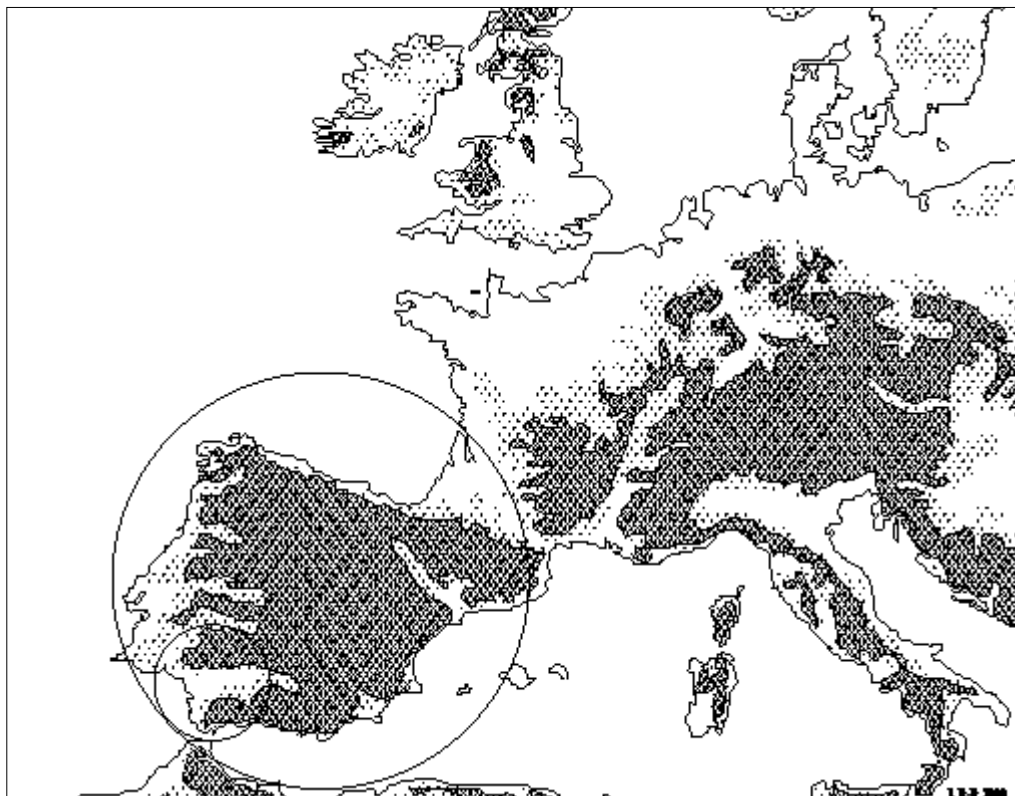
Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

The author proposes a general point of view about the roots and evolution of urbanism in Hispania, with the results of recent improvements in Archaeology, both Iberian and Hispano-Celtic ones. He stresses the importance of the Phoenician and Greek settlements and the roll played by the Tartessian culture of southwestern Spain for the development of urban society in Iberian and Turdetanian territories.

RESUMEN

El presente trabajo es una introducción al origen y desarrollo del urbanismo entre las poblaciones prerromanas de la Península Ibérica, destacando las contribuciones recientes de la investigación arqueológica aplicada tanto a los conocimientos sobre las poblaciones ibéricas como hispanocélticas. Se otorga una importancia especial al papel jugado por la presencia fenicia y griega desde sus establecimientos costeros y a la configuración de la cultura tartésica, fundamental en el nacimiento y desarrollo de la sociedad urbana en los territorios iberos y turdetanos.



Hace casi exactamente una docena de años —el 27 de Febrero de 1986, *¡tempus fugit!*— nos reuníamos en esta misma Casa, con el copatrocinio del entonces Ministerio de Cultura, para tratar de los asentamientos ibéricos ante la romanización (AA.VV., 1987). La maduración de los estudios arqueológicos en los años ochenta había dado un gran impulso al conocimiento de la cultura ibérica, después de una década prodigiosa, la de los setenta, entre otras cosas por el regalo de hallazgos espectaculares: la Dama de Baza, el monumento de Pozo Moro, las esculturas de Porcuna. El progreso de la investigación y la fortuna de los hallazgos habían incidido muy particularmente en la posibilidad de abordar una cuestión medular: la determinación del carácter auténtico de la cultura ibérica, el reconocimiento de su nivel urbano, con las consecuencias que ello comporta en la consideración o valoración de todos sus rasgos, de todas sus manifestaciones, sean las «internas», sean las relacionadas con sus nexos con el exterior.

Porque la vida urbana implica muchas cosas, tanto a la hora de entender la organización interna, las relaciones entre los miembros de una misma comunidad, como las que se establecen con otras comunidades, las pertenecientes a la misma órbita cultural o política, y las ajenas a ella, de todo lo cual se derivan rotundas particularidades de la cultura material, en las que se apoyan fundamentalmente nuestros estudios arqueológicos. Es lo que ocurre igualmente con la especial relación con el medio de las sociedades urbanas, su incidencia en el paisaje, en su antropización, en la modelación del mismo que hace de las organizaciones urbanas un paradigma de sociedades demiúrgicas, creadoras, cuando llegan a su madurez, de un cosmos a su medida, que es su principal aspiración y la más contundente manifestación de la verdaderamente nueva especie que Aristóteles denominó *zoon politikón*, el «animal urbano», el «urbanita».

Creo no equivocarme si considero que aquella reunión —en la que participaron muchos de los convocados a esta de ahora—, contribuyó a asentar mejor la valoración de la dimensión urbana de la cultura ibérica, y con ello entender en mejores condiciones el proceso de la romanización, que era objetivo principal del encuentro científico; y se comprueba que las propuestas contenidas en sus actas han sido profusamente incorporadas al debate científico desde entonces de estas cuestiones.

Ojalá que ahora logremos dar otro paso adelante más, un paso que matice y aún supere lo que entonces estábamos en condiciones de afirmar y que abra nuestra mirada a otras cuestiones, como de hecho pretende con su enunciado y con el acercamiento a la problemática diferenciada que puede plantearse, en el ámbito peninsular hispano, entre las culturas ibéricas y las correspondientes a la *Hispania* indoeuropea o céltica.

He tenido el honor de ser invitado a presentar una introducción a nuestro tema, que quisiera cimentar en

la ponencia presentada en el coloquio de 1986 junto con Carmen Fernández Ochoa, Angel Fuentes y Lorenzo Abad (Bendala *et alii*, 1987). El título de esta introducción, tal como reza en la cabecera, me parece, si bien se mira, algo más que excesivo, y ya aviso que apenas superaré el marco de lo que su final sugiere: que se trata de una mera introducción. Entre otras cosas porque no querría repetirme más de la cuenta, y me remito a lo expuesto en el coloquio y en no pocos trabajos coetáneos o posteriores en los que he tratado de estas cuestiones.

Y para entrar ya en materia, nada me parece más oportuno que traer a colación, como punto de partida, un par de pasajes de Estrabón, cuya obra, como el conjunto de la literatura antigua, puede ser remirada con nuevas posibilidades gracias al progreso de la investigación en todos los frentes, entre ellos —y muy señaladamente, por cierto— el que corresponde a la Arqueología.

En el conocido pasaje 3,1,6 de su *Geografía*, dice Estrabón a propósito de los turdetanos: «Estos son los tenidos por más cultos (*sofótatoi*) de entre los iberos, puesto que no sólo utilizan la escritura, sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años, según dicen»¹. Sin entrar en polémicas sobre la exactitud de la referencia estraboniana, es claro que con ella está haciendo referencia a la vieja *politeía* de los turdetanos, que arranca con el sustrato tartésico que le es propio, como bien sabemos por multitud de análisis lingüísticos, arqueológicos y, en suma, históricos.

El citado pasaje se prestaría, por sí solo, a una interesante glosa por menudo, en relación, por ejemplo, con la importancia dada a la posesión de escritura, y de una historia mantenida como recuerdo, atesorada sin duda en una tradición oral que hubo de ser ingrediente importantísimo en la fijación por escrito mucho después —en tiempos helenísticos y romanos— de las tradiciones locales conocidas ahora a retazos. Bien se sabe que la historia es un referente imprescindible para las sociedades urbanas (cf. Bendala, 1989: 128), y la escritura una de las consecuencias propias de su desarrollo, una expresión característica de la maduración del mismo.

En cualquier caso, esta vieja *politeía*, que otorga a los turdetanos la primacía en la integración en la vida urbana respecto de los otros pueblos ibéricos, es un fenómeno bien probado arqueológicamente. Sobre la base de precedentes que para todo el ámbito mediterráneo tienen una decisiva fase de progresiva complejización de las estructuras sociales, económicas y políticas en el segundo milenio antes de la Era, en buena parte alentada por el desarrollo y la expansión de la civilización micénica, los pueblos de la Península Ibérica inician su definitiva incorporación a estructuras

¹ Según traducción de M.^a J. Meana y F. Piñero, en Biblioteca Clásica Gredos, 169, Madrid, 1992, p. 42.

organizativas de nivel urbano con el desarrollo de la cultura tartésica en el mediodía de la misma (Bendala, 1989). Sería la base del arraigo y la progresiva expansión de los modelos organizativos urbanos de inspiración fundamentalmente mediterránea al conjunto de la Península, en un proceso relativamente lento, en lo que hace a la totalidad de la misma, y beneficiado, entre otras cosas, por el hecho de constituirse en charnela de conexión entre las activas culturas metalúrgicas del Bronce Atlántico, y los ambiciosos estados coloniales de la órbita mediterránea². El mundo turdetano significa una facies con personalidad y connotaciones propias³ en el proceso de maduración e irradiación de la cultura tartésica en el nuevo e importante capítulo que representan las culturas ibéricas, en las que se suman, respecto de aquélla, los fenómenos de continuidad y los de cambio y renovación con nuevos horizontes.

Sin entrar por menudo en el análisis y la discusión de estos hechos —bien asentados en el estado actual de los conocimientos, aunque con bastantes facetas problemáticas, por ejemplo, la determinación de la génesis misma de la cultura tartésica—, es una realidad que la maduración de las culturas del Bronce del mediodía hispano durante el segundo milenio confluyó con la llegada de las primeras oleadas hasta el extremo occidental del mediterráneo de los efectos de la «*economie-monde*», dicho en los conocidos términos braudelianos, agitada por las grandes culturas urbanas desde el otro extremo del Mediterráneo⁴. Las conexiones con el Mediterráneo oriental, propuestas desde hace tiempo y muy debatidas, cobraron cuerpo científico definitivo con el hallazgo de cerámicas micénicas en Montoro (Córdoba), en pleno hinterland tartésico.

Tartessos significó la puesta en marcha de una estructura urbana a partir del mediodía hispano desde una etapa precolonial, en un proceso de rápida maduración que, si se quiere y como en todos los casos, arranca de estadios que pueden considerarse —o denominarse— «protourbanos», una etapa inicial que suele caracterizarse por la modestia o el escaso desarrollo de los aspectos urbanísticos y arquitectónicos. Es lo que corresponde a la facies del Bronce Reciente Tartésico, que a mí me gusta llamar desde hace algún tiempo «período geométrico», según una propuesta cargada de significación⁵, por cuanto sugiere, como pretende, cone-

xiones con el ámbito mediterráneo y egeo o griego («geométrico») en etapas anteriores a las colonizaciones históricas; es una propuesta debatida y debatible precisamente por esas implicaciones, que a otros especialistas le ha parecido también oportuna y significativa⁶.

La extraordinaria importancia de Tartessos se explica cuando se la contempla situada en el extremo occidental del primer círculo de la «*economie-monde*» mediterránea, o en la transición entre el primero y el segundo círculos (Brun, 1987:185). Tartessos se anticipa cronológicamente en el desempeño del papel intermediario que en los siglos del arcaísmo maduro y del clasicismo tendrán las culturas célticas del centro de Europa en las relaciones entre el mundo mediterráneo y la Europa interior y atlántica. Los ingredientes atlánticos, presentes en lo tartésico e integrados en algunas de sus manifestaciones culturales más propias y características —por ejemplo en el armamento o en las famosas producciones de orfebrería, en costumbres y en determinadas prácticas rituales, etc.— son consecuencia de ese papel intermediario, y son importantes aunque no sean, en mi opinión, los determinantes de la cultura tartésica, como proponen algunos investigadores.

En Tartessos es lo esencial esa integración en la «*economie-monde*» mediterránea, con sus múltiples consecuencias en el terreno cultural e incluso en el puramente étnico (limitadamente y sin que haya que suponer, como es lógico, la dependencia del poblamiento de la integración en la *koiné* cultural, organizativa o económica que la incorporación a los «círculos» comportaba). Incluso el perfil legendario de Tartessos no es otra cosa que la expresión de su excepcionalidad, de la precocidad de esa integración, y de ocupar en ella un lugar tan extremo, tan lejano, y a la vez tan cargado de consecuencias, no sólo para la propia evolución, sino para la de las grandes culturas que lideraban el orden social y económico que dio lugar a la creación de esos grandes círculos culturales. Porque, como bien se sabe, tampoco se entiende el desarrollo de las culturas orientales —fundamentalmente la fenicia y la griega— sin contar con su actividad colonial, sin su proyección a este extremo del mundo entonces conocido, ni en las realidades económicas, ni en cuestiones más sutiles y complejas, pertenecientes al mundo de las mentalidades y las formas de vida⁷.

Pero me interesa sobremanera hacer hincapié en lo que habría de significar la aparición de este antiguo y extremo foco de vida urbana en el mediodía peninsular como catalizador de una nueva y peculiar dinámica interna y externa en las diferentes culturas de la

² Se dispone de numerosa doctrina sobre el particular, con puntos de vista diversos, en obras colectivas recientes y significativas del estado de la cuestión, editadas por M.^a E. Aubet (1989), D. Ruiz Mata (1995) y C. Aranegui (2000).

³ Una discusión reciente sobre la cuestión, en: J. Fernández Jurado, P. Rufete y C. García Sanz, ed., 1997.

⁴ No hace falta advertir que sigo en ésto propuestas derivadas de una provechosa lectura de las fecundas ideas de F. Braudel, y su aplicación a los fenómenos de la Protohistoria europea realizada recientemente por investigadores como nuestro compañero en esta mesa redonda, Patrice Brun (1987).

⁵ Un tratamiento relativamente reciente de la cuestión, con detenimiento particular en los problemas de la indicada denominación, en: Bendala, 1995, p. 259.

⁶ Como, entre otros, M. Almagro-Gorbea, 1996, p. 38; una denominación y unas razones a las que ya apuntaba J. de M. Carriazo a raíz del descubrimiento del tesoro de El Carambolo y de las hermosas cerámicas decoradas con diseños geométricos halladas en la excavación del yacimiento (cf. Carriazo, 1970, pp. 33 ss.)

⁷ Una reflexión personal, en Bendala, 2000, *passim*, y fundamentalmente los capítulos 1 a 3, pp. 17-151.

Península desde entonces. La vida urbana, aparte de sus expresiones más o menos impactantes —como el desarrollo de formas artísticas de gran poder de sugestión, la creación de poderosas formulaciones ideológicas y religiosas, acompañadas de complejas expresiones rituales, que proporcionan imprescindibles medios de cohesión social a colectivos cada vez mayores; y tantas otras cosas— tiene una de sus facetas más importantes en que se convierten en focos de agitación y aceleración del ritmo histórico, de los procesos culturales, con un acúmulo enorme de consecuencias para la vida interna de la propia sociedad urbana y para su entorno, por lo demás cada vez más vasto, más extenso.

La vida urbana significa importantes incrementos demográficos y, por tanto, necesidades crecientes de materias primas, tanto para la cubrición de las propias necesidades como para la obtención de excedentes con vistas al comercio. Las apetencias y necesidades nuevas se encadenan, con una imparable dinámica que hace cambiar la condición propia de las sociedades que protagonizan las nuevas formas de vida, pero que también condicionan y, a la postre, transforman la de las gentes de su entorno. Adquieren éstas, sin en principio haber dado pasos que signifiquen una mudanza de sus hábitos culturales, una decisiva y nueva condición: la de «estar» en la periferia de un organismo urbano; o, dicho quizá más exactamente, la de «ser» su periferia, porque este hecho cambiará profundamente su propia existencia, en cuanto que quedarán envueltos en una dinámica nueva que también los condicionará irremediamente.

Una de las tareas más sugestivas, desde el punto de vista cultural e histórico, es analizar el tipo de relaciones que se establece en un territorio determinado, escenario de unas también determinadas culturas, cuando por procesos de desarrollo desigual, unas comunidades alcanzan niveles organizativos complejos de tipo estatal o urbano, y se diferencian y despegan de las que, en su vecindad, no han alcanzado esos niveles. La relación entre las estructuras urbanas y su periferia da lugar a fricciones que determinan «calentamientos» de los procesos culturales e históricos con importantes consecuencias para los agentes de ambas orillas de la divisoria organizativa y cultural.

Las entidades urbanas tienden a la expansión, desarrollan sistemas de colonización, de control directo o indirecto de territorios cada vez más amplios para atender a sus crecientes necesidades. Tanto para lograr sus objetivos como para defender sus logros frente a los demás, desarrollan formas de poder y de coerción que hace progresivamente acusada la dimensión militar o guerrera de las sociedades desarrolladas, con consecuencias básicas en la organización interna, derivada de la importancia de la guerra, de la fuerza, para la supervivencia de la comunidad y el ejercicio del proyecto emprendido. La asunción por los individuos y grupos dominantes del papel de dirigentes de la

guerra, se traslada a la propia estructuración social, a la acumulación de poderes y privilegios que son constitutivos a las jerarquizadas sociedades urbanas. Si en relación con culturas mediterráneas mejor conocidas, como la griega, se comprueba una jerarquización social basada en las capacidades militar y de acaparación de bienes —la tierra fundamentalmente—, ambas íntimamente entrelazadas, en el ámbito cultural que ahora nos interesa se observa esa misma exaltación del carácter guerrero de los dirigentes, de los ocupantes del más alto estrato en la jerarquía social tartésica, en las renombradas estelas de guerreros. No ha de extrañar que la parca proyección artística de los primeros tartesios concentre sus esfuerzos en la mostración de una poderosa casta militar, receptora de una compleja ritualidad y de un simbolismo que la investigación va aclarando con creciente éxito⁸.

Los pueblos de la periferia sufren el impacto de las ambiciones de los desarrollados organismos urbanos —a la búsqueda de tierras, de riquezas, de mano de obra sometida o esclava—, en los que pueden encontrar también un horizonte de progreso, sea por integración en su propia estructura en la medida en que ello sea posible en cada caso —por desplazamientos, equiparación cultural, etc.—, sea por la vía de las razzias, un medio rápido y eficaz de hacerse con los bienes excedentarios y acumulados por las comunidades desarrolladas, una actividad de larga solera en todos los encuentros desiguales de los estados y sus periferias, bien atestiguada en el caso hispano, hasta el punto de constituir uno de los temas estrella de nuestra historiografía⁹.

El desarrollo, pues, de una organización urbana en un territorio determinado, que inicialmente no engloba ni implica a todas las sociedades o culturas existentes en él, determina formas de relación sintetizables en la idea de una dinámica en equilibrio inestable, que se erige en catalizador principal de la evolución del conjunto de las sociedades implicadas, de una manera o de otra, en la nueva situación. La tendencia natural —o «cultural», que supone, en cuanto tal, un artificio a cuya particular naturaleza hay que adscribir la orientación en la dirección propia a que se refiere esa apelación a lo «natural» o «lógico»— será buscar un equilibrio estable por integración de todos, con los matices o las diferencias insalvables que proceda, en las mismas formas de organización cultural.

En *Hispania*, la coexistencia y la colisión, por tanto, de formas de vida urbanas y no urbanas se inicia definitivamente en los tiempos tartésicos y, tras un largo y complicado proceso, vivido a lomos de las indicadas relaciones de equilibrio inestable, llegará a un equilibrio estable con Augusto. El *Sebastós Kaisar*

⁸ La bibliografía sobre el particular, como bien se sabe, es amplísima, y me limitaré aquí a remitir a mis propias y más recientes consideraciones —Bendala, 2000, pp. 66-82—, con la bibliografía indicativa incluida en el libro de referencia.

⁹ Recuérdense los trabajos pioneros de A. García y Bellido (p.e., 1945).

—como escribía Estrabón— se presenta precisamente como instaurador del nuevo equilibrio entre pueblos hispanos, acabando con los últimos reductos, en tierras de Cantabria, de roces entre ciudades y zonas «civilizadas» y sus vecinos «bárbaros», dados a la práctica ya tradicional del bandidaje (Estr. 3,3,8).

En el origen de este proceso, la cultura tartésica muestra desde sus etapas iniciales la comentada capacidad de irradiación de los organismos urbanos, arqueológicamente detectable en la singular expansión de las estelas de guerreros o de sus productos más característicos, como las cerámicas bruñidas y otros elementos. Sorprende en ésto la fuerte penetración en el interior peninsular, por el camino de occidente que cuajará en la famosa «Vía de la Plata» y, desde aquí y por diversas rutas, hacia la Meseta, sin olvidar la influencia en el sudeste y el levante hispanos a través, entre otras vías, de la que remontaba el curso del río Guadalquivir y se consolidaría como la más ilustre arteria de la España antigua, la *Vía Heraklea*, después *Vía Augusta*. La búsqueda de metales —el estaño, la plata, el oro—, de mano de obra, de tierras que cultivar, están en el origen de una expansión que se revela para su época como verdaderamente asombrosa, otra de las facetas extraordinarias de Tartessos, y una manifestación bien a la mano de la comentada vitalidad de las sociedades estatales y urbanas.

La expansión tartésica hacia la alta Andalucía, sudeste y levante en fases maduras de su evolución puso las bases del personal desarrollo de las culturas ibéricas¹⁰ y cerró los dos brazos de la tenaza o la pinza que incorporó definitivamente el ámbito hispano a la citada «*economie-monde*»: el fenicio y el griego. De la precocidad y la fuerza de ese proceso expansivo del mundo tartésico hacia la alta Andalucía y el sudeste, y de su importancia en la configuración también precoz de la cultura ibérica, se tienen abundantes testimonios, entre los que habría que contar, para la fase madura de la época orientalizante, un monumento tan extraordinario, problemático y excepcional como el mausoleo de Pozo Moro. Muy conocido, y muy debatidas las claves de su significación y de su ubicación ambiental y cronológica —en lo que no cabe entrar ahora— quizá tengamos en él la más contundente expresión de la necesidad de dotarse, cómo y en cuánto era posible, de poderosos signos de prestigio con los que expresar y asegurar su poder las cada vez más asentadas jerarquías urbanas que el mundo tartésico orientalizante representaba. Por los circuitos comerciales y culturales establecidos en el marco de la economía-mundo mediterránea circularían apresurada e intensamente, acuciados por la demanda incesante de las minorías aristocráticas que iban configurándose casi

clónicamente por todos los rincones del Mediterráneo, los conocidos bienes culturales de un comercio y una producción que, por aprovechamiento inmediato de la eficacia como bienes de prestigio puesta de manifiesto en las culturas de oriente que hacían de vanguardia del nuevo orden mundial, eran trasladadas y copiadas a todas partes. Así se forjaron las conocidas *koinés* culturales, muy penetrantes y homogéneas desde la importantísima «orientalizante», de la que fueron agentes principales los fenicios y que, como no hace falta argumentar, significan mucho más que una mera sintonía en las modas y las costumbres.

Eran en ese proceso fundamentales los préstamos tecnológicos, que en materia de ingeniería o urbanística tienen manifestaciones tan antiguas y señaladas como el muro de aterramiento del cabezo de San Pedro de Huelva, construido en fecha seguramente no posterior a los comienzos del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata *et alii*, 1981). Y para enlazar con el ejemplo traído a colación de Pozo Moro, uno de los vehículos de transmisión de los componentes de las *koinés* culturales, sobre todo en realidades propias de las llamadas «artes mayores», hubieron de ser los «talleres peregrinos». La aparición de una plástica mayor orientalizante al servicio de las maduras aristocracias centromediterráneas y, en la misma trayectoria, las tartésicas, hubieron de deber mucho a talleres siríacos expertos en la talla de la piedra, que por caminos no fáciles de precisar, pero sí de entender, pudieron trabajar al servicio de dirigentes con intereses conectados por los hilos de la tan mencionada *economie-monde*. A ellos ha de adjudicarse la aparición de esculturas de sabor orientalizante y siríaco en Etruria hacia la segunda mitad del siglo VII a.C., o en la propia Tartessos en fechas cercanas, con su expresión en el problemático mausoleo albacetense, para todo lo cual hay que ir definitivamente descartando la hipótesis tradicional que suponía el paso a la escultura mayor mediante una simple ampliación de escala de los prototipos menudos en marfil, bronce u otros soportes allegados por el intenso comercio de entonces¹¹.

En cualquier caso, el gran desarrollo del mundo tartésico orientalizante y su expansión peninsular, desde el punto de vista interno, el impacto colonial de fenicios y púnicos y el de los griegos en su particular escala, determinaron un proceso de maduración y diferenciación de las culturas urbanas en el mediodía y el levante hispanos, que tuvo en el siglo VI a.C. una fase clara de inflexión, de adopción de nuevos rumbos. El protagonismo de lo tartésico y su más o menos generalizada homogeneidad dará paso a procesos diferenciados por un cambio de coyuntura que tiene su más acusada expresión precisamente en la crisis de Tartessos, que manifestándose a la postre como una verdadera crisis de crecimiento, tendrá como resulta-

¹⁰ Su estudio en los últimos años ha revolucionado el conocimiento de las mismas y generado una ingente literatura científica. Me limitaré a citar los estudios de conjunto de Ruiz y Molinos (1993) y los trabajos reunidos en dos obras recientes editadas por Aranegui (1998) y Aranegui, Mohen y Rouillard (1998).

¹¹ Un comentario personal sobre la cuestión, en Bendala, 1994, pp. 88-90. En el mismo lugar, Chapa (1994).

do el afianzamiento de las personales culturas ibéricas, con todo lo que tienen de común y de diferente.

Es una realidad bien conocida, que cabría comentar aquí trayendo a colación, en función de nuestros objetivos, algunos factores o elementos determinantes de carácter cultural y étnico. Sin entrar en muchos matices étnicos, tan difíciles de determinar¹², podría decirse que la alta Andalucía y el sudeste configuraron su evolución cultural sobre una base poblacional de vieja tradición prehistórica, con una evolución diferenciada que iría cristalizando en las etnias o pueblos, más o menos claramente diferenciados, de los que dan noticia —bastante imprecisa casi siempre— los textos antiguos¹³; hubieron de darse aportes de la Hispania interior —en el flujo alimentado por la dinámica en equilibrio inestable mencionada poco más arriba—, y seguramente procedentes también de la región nuclear tartésica y de origen mediterráneo por diversas vías, con algún peso el feniciopúnico, de lo que se tienen expresivos indicios en las fuentes literarias que han venido prácticamente a corroborar las investigaciones arqueológicas recientes¹⁴; y elementos griegos, incorporados en cantidades poco significativas numéricamente, pero mucho culturalmente, a asentamientos ibéricos¹⁵. En lo que hace a la cultura, está bien comprobado el influjo tartésico orientalizante, el directamente orientalizante vehiculado por fenicios y púnicos, ingredientes griegos en importancia creciente, y contenidos menos

significativos, ante el empuje cultural de todo lo anterior, de la España indoeuropea o céltica.

Hacia el norte, todavía en el marco costero levantino y ascendiendo hacia el valle del Ebro y las tierras de la actual Cataluña, se debilitan los aportes fenicios, sobre todo los étnicos, aunque tengan algún relieve los culturales, y aumentan los griegos, por la consabida presencia colonial de los focenses en *Emporion* y *Rhode*; su limitado peso numérico tiene como contrapartida una gran influencia cultural, especialmente sensible en la franja costera. El sustrato poblacional corresponde en términos generales al ámbito de lo ibérico, aunque con rasgos propios por una mayor incidencia o presencia de gentes correspondientes al mundo europeo o continental, asociadas tradicionalmente a los llamados «campos de urnas»¹⁶.

En el ámbito tartésico, que a partir de ahora —desde la raya del siglo VI a.C.— puede denominarse más propiamente turdetano, se producen fenómenos de gran complejidad cultural y también en lo relativo al poblamiento. El sustrato tartésico, arraigaría también en la tradición prehistórica, con un notable incremento generalizado desde el Calcolítico, como consecuencia de la maduración de las sociedades agrarias. La definitiva configuración de Tartessos pudo significar —es una de tantas cuestiones polémicas y discutidas hasta el cansancio— la llegada de gentes foráneas, a las que cabe atribuir un papel de estimulante principal en la consolidación de las evolucionadas formas de su organización social, económica y política. Pudieron ser de raigambre indoeuropea y tener tanto origen mediterráneo como continental o atlántico, según hipótesis bien conocidas y muy debatidas en las recientes publicaciones y reuniones científicas sobre Tartessos, en las que he tenido ocasión de argumentar mi creencia acerca de la preeminencia de las vinculaciones mediterráneas¹⁷. Pero no querría abrir demasiados frentes en la polémica científica.

Sí parecen bastante probados dos fenómenos importantes en relación con la evolución del poblamiento y las tendencias culturales en la región nuclear del mundo tartésico y sus inmediaciones. En primer lugar una fuerte penetración de fenicios y púnicos en el interior, en los territorios que fueron inicialmente tartésicos. Aparte de la importante presencia de fenicios y púnicos en una amplia franja costera con apoyo fundamental en las conocidas y numerosas colonias y factorías, se va comprobando arqueológicamente una importante presencia de «colonias» de fenicios en o junto a asentamientos tartésicos¹⁸, como en el caso de Carmo (Carmona, Sevilla), donde se percibe una

¹² Algunos aspectos básicos, deducidos del estudio de los etnónimos, antropónimos y topónimos y del estudio de las lenguas y las escrituras paleohispánicas, han sido tratados abundantemente por los especialistas, con obras entre las que cabe destacar las de Untermann (1965 y 1993) y Albertos Firmat (1983). Una aproximación general a los pueblos antiguos de Hispania, teniendo en cuenta todos las fuentes de información, se tiene en la obra colectiva editada por M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (1993), sin olvidar los estudios clásicos de Caro Baroja (1946/1976).

¹³ Para una consideración actualizada de los conceptos de etnia y grupos culturales, y una aproximación a los pueblos de las regiones indicadas, puede acudirse a los artículos de A. Ruiz, M. Pastor, J. Carrasco y J. A. Pachón, A. González Prats y L. Abad, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, ed., 1993, pp. 101-166.

¹⁴ En la *Ora Marítima* de Avieno se dice que los fenicios fueron los primeros habitantes de la región del Segura o de la costa levantina de forma más general: *Ista Phoenices prius loca incolebant* (O.M. 459-460). Es quizá una referencia a que ellos debieron de ser los primeros habitantes «extranjeros» de la zona, anteriores a los griegos que también colonizarían estas costas, como se ha subrayado recientemente (en J. Mangas y D. Plácido, ed., 1994, pp.125-128). La arqueología, a los datos sobre la presencia de una cultura orientalizante de influencia fenicia en yacimientos como Vinarragel (Castellón), Los Saladares (Orihuela, Alicante) o Peña Negra de Crevillente (Alicante), ha venido a sumar el hallazgo de un importante asentamiento amurallado, que se tiene por fenicio, bajo la rábita de Guardamar del Segura (Alicante), en el lugar también conocido como La Fonteta (cf.: González Prats, 1991 y 1999; Azuar *et alii*, 1998)

¹⁵ Algo que se intuye por la caracterización de numerosas manifestaciones de la cultura ibérica, entre ellas su arte mayor, o la concepción y la trama de un yacimiento tan adscrito a fórmulas urbanística griegas como el recientemente excavado en La Pícola (Santa Pola, Alicante: Moret *et alii*, 1996), pero que se hace patente por fenómenos de convivencia que están en la base de la adaptación de la escritura grecojonía a la lengua ibérica, como hicieron los contestanos en los siglos V y IV a.C. (cf. de Hoz, 1987 y 2000), y puede tener una prueba directa en la alusión a griegos emporitanos establecidos en una ciudad ibérica de nombre *Saiganthe* —que debe de ser Sagunto—, según reza en una carta comercial de fines del VI a.C. hallada en Ampurias (Sanmartí y Santiago, 1988).

¹⁶ Remito a los trabajos de J. L. Maya y J. Barberá, J. Padró y E. Sanmartí, F. Burillo y G. Fatás, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.), 1993, pp. 167-223.

¹⁷ Es un debate imposible de reproducir en estas páginas, para lo que remito a las publicaciones editadas por Aubet (1989) y Ruiz Mata (1995).

¹⁸ Hace ya algunos años que González Wagner y Alvar (1989) propusieron la existencia de una colonización agrícola fenicia.

sólida presencia cohesionada en torno a un lugar sacro que ha proporcionado importantes vestigios, sobre todo extraordinarios recipientes orientalizantes de gran significado religioso (Belén *et alii*, 1997).

Esta presencia fenicia hubo de suponer un revulsivo cultural de primer orden en la evolución de los asentamientos tartésicos en todos los sentidos, con una trascendencia en la configuración del poblamiento que alcanza a la determinación del origen o la caracterización definitiva de ciudades tan importantes como la misma *Spal* (la *Hispalis* romana, Sevilla), lo que explicaría, entre otras cosas, la existencia de topónimos vinculables a la tradición fenicia, como el mismo de *Spal* (Pellicer, 1997; Belén y Escacena, 1997). Es un flujo que debió de acrecentarse con la crisis de Tartessos y la consolidación de la presencia púnica en el mediodía, y afirmarse definitivamente con la conquista de los Barca¹⁹. Es una cuestión ampliamente tratada, que corrobora o anticipa un conocido pasaje de Estrabón, que afirma taxativamente que los turdetanos «llegaron a estar tan completamente sometidos a los púnicos que la mayor parte de las ciudades de la Turdetania y de los lugares cercanos están hoy habitadas por ellos» (Estr. 3,2,13).

Al peso cultural y poblacional de los púnicos ha de atribuirse el apartamiento del mundo turdetano del resto de las culturas ibéricas, las particularidades de una personalidad cultural que no sigue los derroteros que aquellas siguieron en sus costumbres funerarias, en el uso —o desuso— de la escultura y otras formas de expresión artística, como la misma alfarería, en tantas cosas que tienen una capacidad singular de expresar adscripciones culturales, como ocurre con el armamento²⁰. Es, por otra parte, el peso en la determinación de un sustrato cultural que dará todavía poderosas señales de vida en plena época romana, como tuvo ocasión de subrayar hace años en el estudio de la necrópolis de Carmona y se ha seguido comprobando en numerosos estudios posteriores, propios y ajenos²¹.

El segundo de los fenómenos importantes a los que me refería es el gran impacto céltico, étnico y cultural, experimentado por la misma región tartésica, particularmente en su sector occidental, que tuvo entre sus principales consecuencias la configuración de la Beturia Céltica, centrada en la mesopotamia que se-

para el Guadiana del Guadalquivir (Berrocal-Rangel, 1998), y manifestaciones tan expresivas como la existencia de una ciudad junto al Guadalquivir de nombre *Celti* (en Peñaflor, Sevilla).

En los últimos años se ha prestado a esta cuestión una gran atención, y se ha progresado extraordinariamente en el alumbramiento de su realidad cultural e histórica. Algunos de los convocados a este encuentro científico se cuentan entre los principales agitadores de esta beneficiosa oleada de estudios, algo que me exime de entrar con detenimiento en una cuestión que otros pueden evocar con mayor competencia. Sólo comentaré cómo hace tiempo, las raíces del celtismo meridional eran buscadas ya en la vieja Tartessos, y prestigiosos investigadores, como mi maestro Antonio Blanco, creían ver una manifestación de la «infiltración de gentes del norte» en la tosca cerámica a mano, con decoración de cordones y digitaciones, que se constataban como muy comunes en los contextos orientalizantes tartésicos (Blanco *et alii*, 1969). Hace tiempo que, en relación con este fenómeno, vengo pensando y escribiendo que la penetración céltica en el suroeste fue una de tantas consecuencias de la crisis de la cultura tartésica a partir del siglo VI. La presión ejercida de antiguo, desde la formación misma de la famosa civilización, fruto de la dinámica en equilibrio inestable propia de los contactos desiguales de que se habló más arriba, se contuvo o se absorbió sin mayores repercusiones en tiempos de bonanza, pero la crisis agrietó el dique que la contenía, y adquirió redoblados bríos —desde el siglo V a.C.— una penetración que cambiaría en no mucho tiempo el panorama étnico y cultural de un amplio sector de lo que fueron las comarcas occidentales del mundo tartésico, nucleado en torno a la Beturia descrita por Plinio.

La dinámica cultural de la zona hasta entonces quedó modificada en bastantes extremos, lo que se comprueba en los cambios en la cultura material, en el modelo de poblamiento, en el signo de las actividades económicas²². Esta realidad, en fin, viene a conectar con el segundo pasaje de Estrabón de que hablaba para tomarlos como punto de partida de mis reflexiones. Dice el geógrafo griego, en 3.2.15, tras tratar significativamente de la prosperidad tartésica, lo siguiente:

«Con la prosperidad del país les vino a los turdetanos la civilización y la organización política —τὸ ημερόν και τὸ πολιτικόν—; y, debido a la vecindad, o, como ha dicho Polibio, por el parentesco, también a los celtas, aunque en menor medida, porque la mayoría viven en un sistema de aldeas».

¹⁹ Remito a un amplio tratamiento de la cuestión por mi parte, en Bendala, 1994b y 1999.

²⁰ Si la falcata sirve de símbolo de la cultura ibérica, su práctica inexistencia en la Turdetania es una expresión de su personal decantación cultural, que en este terreno tiene su explicación por el uso aquí, entre otras armas registradas arqueológicamente, de las flechas de arponcillo de tradición púnica. Se dispone para el caso del espléndido estudio de Quesada, 1997.

²¹ Recordaré, sin ser exhaustivo, mi trabajo de 1976 y el reciente de conjunto de López Castro (1995). Las cecas púnicas del mediodía hispano y su significado han sido una de las preocupaciones y líneas de interés desveladas en buena medida por M.^a P. García-Bellido, quien advierte, a través del estudio de las monedas, que el flujo de gentes púnicas siguió siendo importante en época del dominio romano (p.e., 1993 y 1999; y puede también consultarse el estudio de conjunto de Alfaro, 1998).

²² Sería muy largo, e innecesario, hacer relación pormenorizada de estas manifestaciones, y bastaría a título de mera evocación mencionar la presencia de cerámicas a mano, con impresiones y característicos sistemas de decoración que se apartan de lo tartésico-turdetano; el predominio de un hábitat de pequeñas aglomeraciones; el predominio de la ganadería en el ámbito de las actividades económicas. Es lo que ponen de relieve estudios arqueológicos recientes que, también a título de ejemplo, pueden representar: Rodríguez Díaz, 1990; Berrocal, 1992 y 1994.

Estos fenómenos de vecindad, de parentesco, de diferenciación organizativa son abordados por la investigación con creciente éxito, de lo que seguro será una prueba más de progreso en la misma dirección esta reunión. Se tiene bien comprobado que, entre otras cosas, con diferencias y tempos peculiares, el mundo céltico o, en general, la cultura castreña del interior, fue abriéndose paso por los caminos que conducían a las formas más complejas de las sociedades estatales y urbanas, primeramente arraigadas en el mundo meridional y mediterráneo. Va agotándose el contenido razonable de esta introducción y, también por razones de reparto de tareas y de competencias como he dicho poco antes, parece inapropiado reunir aquí las ideas elaboradas por quienes han ido dibujando en los años últimos el panorama de un interesante proceso de acercamiento de una periferia interior y atlántica de límites imprecisables hacia los modelos estatales y la aparición de oppida que sustituyen o se superponen a la organización tradicional de estas tierras en pequeños y casi autárquicos castros²³. La investigación va poniendo de relieve elementos del parentesco cultural que sugiere el mismo Estrabón, a menudo oculto por una tradición historiográfica alimentada por autores antiguos que, en función de las necesidades ideológicas de Roma, alimentó una visión «bárbarizada» de pueblos y regiones porque convenía a los propósitos de enaltecer el papel «civilizador» de los nuevos dueños del mundo. Pero la arqueología, y los mismos textos antiguos críticamente examinados, dejan ver que, por ejemplo, el mundo que abanderaba un Viriato no estaba tan al margen de la vida civilizaba de sus vecinos, ni se oponía a Roma por puro bandolerismo, ni estaba impulsado por el primitivo espíritu saqueador de una cultura de rústicos pastores (cf.: García Moreno, 1989). Los miles de soldados de sus ejércitos y su misma capacidad militar, las *civitates* de las que aquéllos procedían, los detalles de su famosa boda con la hija de Astolpas, los fastuosos funerales que honraron su muerte, pintan más bien la imagen de un jefe o un régulo de la *Beturia*, rebelde frente al poder de Roma en la misma trayectoria que representó la sublevación del 197 a.C. de ciudades púnicas (como *Malaca* y *Sexi*), o fuertemente punicizadas (*Carmo* y *Bardo*), y de la misma *Beturia*, también inserta, con otra gradación, en la misma órbita.

Sería igualmente interesante para los propósitos de esta introducción recordar el muy novedoso panorama que ofrece la actual Portugal, igualmente iluminada por una extraordinaria oleada de fructífera investigación. Su vertiente atlántica se presenta ya, más que como una periferia distinta y distante respecto de las tierras incorporadas de antiguo al ámbito de la ciudad de inspiración mediterránea, como uno de sus horizontes más propios de precoz expansión, hasta el punto de

aparecer a nuestros ojos a la manera de uno de los brazos de la tenaza de la acción progresivamente homogeneizadora de una civilización orientada por la vanguardia mediterránea. Sobre la base del activo y personal Bronce Atlántico, las relaciones con Tartessos y, sobre todo, la oleada orientalizante batió fuertemente sus costas y afectó profundamente a las comarcas próximas a ellas. La investigación arqueológica de los procesos culturales de la casi totalidad de la región costera portuguesa y un amplio hinterland —sobre todo en el mediodía—, un territorio que puede extenderse al menos desde el mediodía hasta el Mondego, a la altura de la célebre *Conimbriga*, demuestra una temprana incorporación a la órbita meridional y mediterránea, en lo que jugó un papel importante una presencia fenicia mucho más notable de lo que no hace mucho se sospechaba²⁴. Una incidencia esperable en el mediodía, se hace sin embargo sorprendente, por lo acusada, en la región de Lisboa y la desembocadura del Tajo, con un proceso que arranca de episodios antiguos y cobra carta de naturaleza a partir del siglo VII a.C.²⁵; y lo es aún más en territorios más septentrionales en una oleada que llega con fuerza a la citada *Conimbriga* y su región, muy influida en su curso histórico por una posible presencia directa de fenicios en la desembocadura del Mondego, en Santa Olaia (Correia, 1993). Esta incorporación al mundo meridional o mediterráneo tiene su reflejo o su demostración en la serie de ciudades portuguesas que *Ptolomeo* (2,5,1-7) incluyó entre las turdetanas, que llegan hasta la región de Lisboa —*Balsa* (Tavira), *Ossonoba* (Faro), *Myrtilis* (Mértola), *Pax Iulia* (Beja), *Salacia* (Alcácer do Sal) y *Caitobrix* (Setúbal)—, o la existencia de ciudades con sufijo en *-ipo*, de solera tartésico/turdetana, como la propia *Olisipo* (Lisboa) o la más septentrional de *Collippo* (en S. Sebastião de Freixo, junto a Leiria), sin olvidar la conocida existencia de unos *turduli veteres* en esta misma región, al sur del Duero.

En este marco se desenvolverán procesos evolutivos que van acercando los sistemas políticos y económicos de zonas que fueron afectando a la generalidad de los territorios peninsulares, acentuando los intercambios culturales y la movilidad de sus agentes, y caminando en una dirección, en definitiva, que la conquista romana y la «romanización» no vendrían sino a incentivar y, con todos los matices que son de suponer, a ultimar. De todo ello se hablará con provecho en esta reunión, a la que pretende servir esta introducción que cierro ya con dos ideas finales que enlazan con lo sostenido en el coloquio de 1986.

²³ M. Almagro-Gorbea, en un espléndido trabajo de síntesis reciente (1995), reúne lo principal de esta ideas, con amplia bibliografía.

²⁴ Una visión general del fenómeno puede verse en los trabajos reunidos en el monográfico sobre *Os fenicios no território português*, de la revista *Estudos Orientais* (vol. IV), Lisboa 1993.

²⁵ Debió entonces de fundarse la factoría fenicia de Abul, en Alcácer do Sal, y tener una gran repercusión en los asentamientos en torno a la desembocadura del Tajo, incluida la propia *Olisipo* (Lisboa), cuya región quedó en conjunto teñida por sus vinculaciones con el mundo mediterráneo: cf. Cardoso, 1995.

— Asentada la idea de la existencia de formas complejas y variadas de organización urbana en la Protohistoria hispana, es preciso insistir en la importancia de la conexión entre ciudad y territorio y la valoración de los asentamientos desde una perspectiva más general. La pregunta habitual, ante la problemática que plantea determinado asentamiento, suele ser si se trata o no de una ciudad; pero debería ser si pertenece o no a una estructura urbana y, en caso afirmativo, qué papel juega en ella: centro principal, secundario... Porque muchas escalas son posibles y necesarias en la estructuración urbana de un territorio. Suele ser frecuente que conozcamos mejor asentamientos menores, porque no han sido apoyos continuos de la organización urbana de su territorio, que los principales por su continua remodelación en un proceso histórico en el que participan más duradera e intensamente²⁶.

— Se está caminando firmemente en la caracterización del modelo de urbanismo y de urbanística de cada ámbito cultural, pero se hace preciso insistir en esta línea de indagación, que deberá aprovechar la positiva renovación en los métodos y en los planteamientos teóricos que orientan la investigación moderna. Todo nos emplaza en la esperanzadora situación de sentirnos cada vez más capaces de hacer, de hacernos, las preguntas adecuadas.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., 1987: *Los asentamientos ibéricos ante la romanización* (27-28 Febrero, 1986), Ministerio de Cultura, Casa de Velázquez, Madrid.
- ALBERTOS FIRMAT, M.^a L., 1983: «Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29,2, Berlín, pp. 853-892.
- ALFARO ASÍNS, C., 1998: «Las emisiones feno-púnicas», en C. Alfaro *et alii*, *Historia monetaria de Hispania antigua*, Madrid, 50-115.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1995: «El urbanismo en la Hispania 'céltica': castros y oppida del centro y occidente de la Península Ibérica», en M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín, ed., *Castros y oppida en Extremadura*, Complutum, 4, Universidad Complutense, Madrid, pp. 13-75.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (ed.), 1993: *Paleoetnología de la Península Ibérica* (1992), Complutum, 2-3, 1992, Universidad Complutense de Madrid.
- ARANEGUI, C., ed., 1998: *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso internacional, Barcelona (1998).
- ARANEGUI, C. (ed.), 2000: *Argantonio, Rey de Tartessos*, Catálogo de la Exposición, s.l.e.
- ARANEGUI, C., MOHEN, J. P. y ROUILLARD, P., ed., 1998: *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Catálogo de la exposición presentada en París, Barcelona y Bonn, Barcelona.
- AUBET, M.^a E. (ed.), 1989: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell.
- AZUAR, R., ROUILLARD, P., GAILLEDRAT, E., MORET, P., SALA SELLES, F. Y BADIE, A., 1998: «El asentamiento orientalizador e ibérico antiguo de «La Rábida», Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998», *Trabajos de Prehistoria*, 55, pp. 111-126.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L., 1997: «Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental», *Spal* 6, 1997, pp. 103-131.
- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J. L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I., 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.
- BENDALA, M., 1976: *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla.
- BENDALA, M., 1989: «La génesis de la estructura urbana en la España antigua», *CuPAUAM*, 16, pp. 127-147.
- BENDALA, M., 1994: «Reflexiones sobre la Dama de Elche», *Revista de Estudios Ibéricos (REIb.)*, 1, pp. 85-105.
- BENDALA, M., 1994b: «El influjo cartaginés en el interior de Andalucía», Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos, VIII *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1993), Ibiza, 59-74.
- BENDALA, M., 1995: «Componentes de la cultura tartésica», en D. Ruiz Mata, ed., 1995, pp. 255-264.
- BENDALA, M., 1998: «La ciudad entre los iberos, espacio de poder», en C. Aranegui, ed., pp. 25-34.
- BENDALA, M., 1999: «Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida», en M.^a P. García-Bellido y L. Callegarin, ed., 1999 (en prensa).
- BENDALA, M., 2000: *Tartesios, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid.
- BENDALA, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., FUENTES, A. y ABAD, L., 1987: «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», en AA.VV., 1987, pp. 121-140.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*, Complutum 2, Universidad Complutense, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994: *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*, Universidad Autónoma de Madrid.

²⁶ Es lo que ocurre en la misma cultura ibérica. Cf. Bendala, 1998.

- BERROCAL-RANGEL, L., 1998: *La Baeturia. Un territorio prerromano en la baja Extremadura*, Badajoz.
- BLANCO, A., LUZÓN, J. M.^a y RUIZ MATA, D., 1969: «Panorama tartésico en Andalucía occidental», *Tartessos y sus problemas*. V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1968), Barcelona, pp. 119-162.
- BRUN, P., 1987: *Princes et princesses de la Celtique. Le premier âge du Fer en Europe, 850-450 av. J.-C.*, Paris.
- CABRERA, P. y SÁNCHEZ, C. Ed., 2000: *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid.
- CARDOSO, J. L., 1995: «O Bronze Final e a Idade do Ferro na região de Lisboa: um ensaio», *Conimbriga*, 34, pp. 37-74.
- CARO BAROJA, J., 1946: *Los pueblos de España*, Barcelona (reed., 1976).
- CARRIAZO, J. de M., 1970: *El tesoro y las primeras excavaciones de El Carambolo (Camas, Sevilla)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 68, Madrid.
- CORREIA, V. H., 1993: «Os materiais pré-romanos de Conimbriga e a presença fenicia no baixo vale do Mondego», *Os fenicios no territorio português*, Estudos Orientais, IV, pp. 229-283.
- CHAPA BRUNET, T., 1994: «Algunas reflexiones sobre el origen de la escultura ibérica», *Revista de Estudios Ibéricos* (REIb.), 1, pp. 43-59.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (ed.), 1997: *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a.C.)*, (Jornada celebradas en La Rábida, 1994), Huelva Arqueológica XIV, Huelva.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1945: «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», *Hispania*, V, pp. 547-604.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P., 1993: «Las cecas liiofenicias», *Numismática Hispano-Púnica. Estado actual de la investigación*. VII Jornada de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1992), Eivissa, pp. 97-146.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P., 1999: «Las explotaciones mineras y la moneda púnica de la Bética», en M.^a P. García-Bellido y L. Callegarin, ed., 1999 (en prensa).
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P. y CALLEGARIN, L. ed., 1999: *La moneda púnica en Hispania y en el Occidente Mediterráneo*, Casa de Velázquez-C.S.I.C., Madrid (en prensa).
- GARCÍA MORENO, L., 1989: «La Hispania anterior a nuestra era: Verdad, ficción y prejuicio en la historiografía antigua y moderna», *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, vol. III, pp. 17-43.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1991: «La presencia fenicia en el Levante Peninsular y su influencia en las comunidades indígenas», I-IV *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1985-89), Eivissa, 109-118.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1999: *La Fonteta, 1996-1998. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura*, Alicante.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR, J., 1989: «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *Rivista di Studi Fenici*, 17, pp. 61-102.
- DE HOZ, J., 1987: «La escritura greco-ibérica», *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985), Vitoria/Gasteiz, pp. 285-298.
- DE HOZ, J., 2000: «Epigrafía griega de occidente y escritura greco-ibérica», en P. Cabrera y C. Sánchez, ed., 2000, pp. 165-175.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., 1995: *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona.
- MORET, P.; ROUILLARD, P.; SÁNCHEZ, M.^a J.; SILLIÈRES, P.; BADIE, A. 1996: «La Picola (Santa Pola): un asentamiento fortificado de los siglos V y IV a.C. en el litoral alicantino», *Actas del XXIII Cong. Nac. de Arqueología*, Elche (1995), vol. I, 401-406.
- PELLICER, M., 1997: «El nacimiento de Sevilla», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría* 25, pp. 232-254.
- QUESADA SANZ, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum 3/1, Montagnac.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1990: «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura», *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida, pp. 127-162.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J. M.^a y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1981: «Excavaciones en el cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, V, pp. 149-316.
- RUIZ MATA, D. (ed.), 1995: *Tartessos, 25 años después*. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez (1993).
- SANMARTÍ, E. y SANTIAGO, R., 1988: «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique», *Revue Archéologique de la Narbonnaise*, 21, pp. 3-17.
- UNTERMANN, J., 1965: *Elementos de un atlas antropológico de la Hispania antigua*, B.P.H. VII, Madrid.
- UNTERMANN, J., 1993: «Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.), 1993, pp. 19-33.